

ARCHIVO RUBÉN DARÍO

Coordinación: Luis Sáinz de Medrano

Rubén Darío visto por Emilio Rodríguez Mendoza

LUIS SÁINZ DE MEDRANO
Universidad Complutense de Madrid

Resumen

Este trabajo aporta en primer lugar un comentario crítico sobre las relaciones mantenidas entre el escritor chileno Emilio Rodríguez Mendoza y Rubén Darío. Para ello se reproduce después en facsímil un capítulo del libro del chileno *Remansos del tiempo* (1929), también incluido en *¡Como si fuera ayer!* (1922), en el que hace referencia a ese tema.

Estas relaciones fueron un tanto conflictivas, a partir de la insatisfacción que le produjo al chileno el prólogo que, atendiendo su petición, Darío dedicó al libro de relatos de aquél *Gotas de absintio* (1895). Se comentan e interpretan diversos episodios posteriores, teniendo en cuenta otro libro de Rodríguez Mendoza, *Como si fuera ahora* (también de 1929), en el que se refiere a su contacto con Darío en España y muestra cómo finalmente prevaleció su admiración absoluta por la obra del nicaragüense. Por último se recogen algunas opiniones críticas y breves consideraciones sobre el legado literario del chileno.

Palabras clave: Rubén Darío / Chile / Modernismo.

Abstract

This study offers a critical commentary on the relations between the Chilean writer Emilio Rodríguez Mendoza and Rubén Darío, and a facsimile reproduction of a chapter from the Chilean's book *Remansos del tiempo* (1929), which was also included in *¡Como si fuera ayer!* (1922), where Rodríguez Mendoza mentions this matter. These relations were somewhat conflictive, due to the dissatisfaction felt by the Chilean for the prologue which Darío, in answer to the author's petition, dedicated to his book of short stories *Gotas de absintio* (1895). The commentary and interpretation of various later episodes has taken

into account another book of Rodríguez Mendoza, *Como si fuera ahora* (also of 1929), where he refers to his contact with Darío in Spain and shows how in the end his absolute admiration for the Nicaraguan's work prevails. Lastly, the study gathers some critical opinions and brief reflections on the Chilean's literary legacy.

Key words: Rubén Darío / Chile / Modernismo.

Se reproduce aquí, en facsímil, el capítulo «Rubén Darío en Chile», del libro de Emilio Rodríguez Mendoza *Remansos del tiempo* (1929), por el interés que posee este testimonio, que registra, en lo que respecta al gran poeta, lo que ya su autor había expuesto —con muy pequeñas variantes— en su libro de 1922 *¡Como si fuera ayer!* (1922), donde el mismo texto aparece dividido en capítulos con titulación diferenciada.

Una u otra edición, o ambas, han sido utilizadas por clásicos de los estudios rubendarianos como Julio Saavedra Molina (1938, 1946), Raúl Silva Castro (1956, 1966), José Jirón Terán (1997), y, conjuntamente, Jorge Eduardo Arellano, Jirón Terán y Julio Valle Castillo (2000). El interés de los eruditos se ha centrado en especial en dos documentos: a) la carta dirigida por Darío, ya residente en Buenos Aires, al chileno para responder afirmativamente a la solicitud hecha por éste de un prólogo para el que iba a ser su primer libro, y b) el referido prólogo o, para ser exactos, «prefacio».

Nuestra preferencia por la edición escogida se justifica ante todo por ser la definitiva en lo que concierne a lo relacionado con Darío y, sólo como circunstancia ocasional, por la forma apenas espaciada en que los mencionados capítulos de 1922 están aquí presentados¹, lo que hace más cómoda tipográficamente la reproducción del texto.

Emilio Rodríguez Mendoza, nacido en 1873, era catorce años menor que su hermano de Manuel, principal redactor de *La Época*, periodista muy influyente, quien brindó en seguida su amistad al joven nicaragüense, el cual, como es sabido, había empezado a trabajar en dicho diario como redactor poco después de su llegada a Santiago.

¹ En *¡Como si fuera ayer!* los capítulos referentes a Darío son los que siguen: «Rubén Darío y su primer levitón santiaguino», «Darío, su calabaza y sus innovaciones», «Darío y las ánimas del purgatorio», «El equipaje de Darío» y, después de un buen número de capítulos interpuestos, sobre otros temas, «Primer libro.— Alfredo Valenzuela Puelma», «Prólogo de Rubén Darío y texto de A. de Géry». Los capítulos especificados corresponden, respectivamente, a las cinco partes del titulado «Rubén Darío en Chile», en *Remansos de tiempo*. En el libro de 1922 hay, además, un capítulo sobre E. Gómez Carrillo que nos interesa tener en cuenta.

Del alcance de este reconocida estima da fe, entre bastantes otros hechos, la reacción de Manuel para expresar su disconformidad con el prólogo a *Azul...* firmado por Eduardo de la Barra. Dos artículos, bastante encendido el primero, dedicó en *La Tribuna*, diario también santiaguino, para rebatir los juicios que De la Barra había emitido al presentar la obra de Rubén, y colocarle en su justo lugar, artículos contestados por el prologuista, con otros tres cargados de una virulencia que hoy nos resulta desmedida².

Cuando esto ocurría, Emilio Rodríguez Mendoza era un muchacho de quince años, observador furtivo desde algunos antes de las tertulias que se organizaban en torno a su hermano, con algunos personajes de ese mundo intelectual chileno tan bien documentado por los biógrafos de Darío y por el propio nicaragüense, y fascinado sobre todo por la figura del escritor «alto y engarabata-do» (pág. 55) venido del trópico, que accedía, como puede verse, sin mayor protocolo a la vivienda compartida por Manuel y Emilio.

Naturalmente las impresiones de Emilio están traducidas por la evocación de quien desde la edad madura asume las experiencias del adolescente que fue, pero es indudable que buena parte de su frescura y espontaneidad perviven en el texto que ahora nos ocupa, cuyo principal atractivo descansa en la viva imagen que ofrece de las andanzas de Rubén en Chile y del episodio destacado en el apartado V, que se sitúa ya en la primera juventud de Emilio, en el que éste se refiere al mencionado prefacio para su libro de cuentos *Gotas de absintio*, que apareció en 1895, con el pseudónimo añadido de A. de Géry³.

El prefacio dariano fue posteriormente recogido por Julio Saavedra Molina (1938) y por José Jirón Terán (1997), con interesantes notas. Raúl Silva Castro (1966) reproduce además otros textos con comentarios de Emilio Rodríguez Mendoza sobre Darío e incluye la carta a que venimos refiriéndonos, después recogida y comentada por Jorge E. Arellano en su recopilación de misivas darianas (2000).

² Los textos de esta polémica fueron recogidos por Juan Loveluck (1988).

³ Como comentario lateral, es posible que este título tenga algo que ver con el de *Gotas de viriolo*, sugerido sin éxito, como recuerda Silva Castro (1956, pág. 133) por Manuel Rodríguez Mendoza a Darío para el libro de éste que por fin se publicó con el nombre de *Abrojos* (1887). Tal vez reapareciera la idea al cambiar los dos hermanos impresiones sobre el de Emilio, aunque entonces lo propuesto por éste no fuera del agrado de Manuel, tal vez por «proteccionismo» fraternal. Sería curioso rastrear el tema de las «gotas» como imagen literaria a finales del XIX. Recuérdense las *Gotas amargas* de José A. Silva, y, en otro ámbito, esta provocadora afirmación de Nietzsche, maestro de pesimistas: «Yo amo a los que son como gotas pesadas que caen una a una de las sombrías nubes suspendidas sobre los hombres» (*Así habló Zaratustra*, en *Obras estelares*, Barcelona: Augusta, 1979, pág. 17).

Arellano acredita, por cierto, —refiriéndose a ciertas expresiones desdeñosas reveladas al nicaragüense por Luis Berisso en cartas de enero y febrero de 1900— que el ilusionado escritor con el tiempo «se convirtió en detractor de Darío» (pág. 139). Es patente que desde el primer momento quedó resentido por el sólo discreto entusiasmo manifestado en el ansiado prólogo, en el que su autor «hablaba más de él que de mis cuentos» (pág. 87), sin contar ciertos aspectos amargos o reticentes de la propia carta, cargada, no sin razón, desde luego, de énfasis de magíster. Un sentimiento, en fin, que el joven cuentista trató de amortiguar, considerando el honor que, de todos modos, representaba contar con una introducción de alguien tan consagrado⁴.

En efecto, si examinamos el prefacio, vemos que, tras abordar diversas consideraciones acerca de lo bohemio, ya que como tal pretendía ser considerado el autor del libro, Rubén se limita a refutar este extremo, a saludar el culto a la belleza que reflejan sus páginas y a pronosticar a Emilio un halagüeño futuro como artista de la palabra. Ello no excluye, eso sí, que destaque con gran franqueza el *pastiche* [subrayamos] (1895, pág. X; Jirón, pág. 37) que la inspiración de Poe, perceptible guía del joven autor, ha producido en algunos de los textos que él prefiere denominar «poemas en prosa» (1895, pág. VI; Jirón, pág. 34). Vale la pena reproducir la recomendación final en la que tras proclamar su fe en el triunfo de la fe y de la belleza sobre la mediocridad reinante, añade, dirigiéndose en general a los jóvenes escritores, si bien era inevitable que Emilio hiciera una lectura personal: «Pero no os embarquéis en galeras de oro, al reino nuevo, sin preparar un buen bagaje y una buena coraza: no dejéis de llevar con vosotros a vuestra vieja nodriza la Gramática, y si veis más tarde, en el mar inmenso, una barca que flota ya casi desvencijada y al irse a pique, que tenga por nombre *Azul...*, no echéis en olvido que un pobre antecesor vuestro trajo en ella las gallinas» (1895, pág. XI; Jirón, pág. 37). El tono estimulante no dejaba de encubrir una censura, al par que reivindicaba con convencional humildad su propia jerarquía.

La situación queda mucho mejor perfilada si observamos en *¡Como si fuera ayer!* el capítulo «Una carta de Gómez Carrillo», aludido en la nota 1. Reproduce en él Rodríguez Mendoza la que el guatemalteco le envió desde

⁴ También recoge Arellano (págs. 153-154), tomada de Saavedra Molina (1938), una segunda carta de Darío (Buenos Aires, 9-3-96) a Emilio, en la que aquél se burla de L. A. Navarrete, crítico chileno que había arremetido contra el relieve que el nicaragüense había dado a *Azul...* en el mentado prólogo. Es interesante saber, para matizar la situación que estamos describiendo, que —dice Saavedra— «terció luego don Emilio Rodríguez en defensa de Darío [*sic*] y otros más, y, en contra don Eduardo de la Barra [*sic*]. El nicaragüense no olvidó estas ofensas. Ya no hubo para él poetas ni cisnes en Chile (pág. 66)». Los *sic* son nuestros.

París (20-12-95) para darle sus impresiones sobre *Gotas de absintio*, libro que su autor le habría hecho llegar. Los comentarios de Gómez Carrillo, a quien Darío no había podido atender en su demanda de otro prólogo, según había manifestado en su primera carta al chileno —dato que es difícil no tener en cuenta— no sólo son muy halagüeños para el novel escritor sino también explícitamente disconformes con la presencia del «pastiche» en esta obra, tal como había apuntado «nuestro querido Rubén». El guatemalteco aprecia, por el contrario, «una nota enteramente nueva» relacionable con «algo más irónico y más lapidario», los *Poemas en prosa* de Baudelaire. Previamente había señalado, además, la semejanza de *Gotas de absintio* con *Gaspard de la Nuit* de Louis Bertrand, «por la factura delicada y la ligereza cruel de las fantasías» (pág. 428).

Emilio Rodríguez Mendoza, aun declarándose sin ambages desconocedor en aquel entonces de la lengua francesa y, en consecuencia, de la obra de Bertrand y de la de Baudelaire, manifiesta seguidamente el regocijo que estos comentarios le produjeron, y al hacer patente su reflexión desde un tiempo posterior acerca de que la obra de arte debe buscar «lo nuevo», aprovecha para afirmar, en el contexto de una América muy proclive a la imitación de lo foráneo, que «Rubén no es más que un continuador en lo literario de los caudillejos empenachados que se erguían hasta hace no mucho en medio de sus creaciones efímeras» (pág. 429). Y añade: «Un día gris, de puro aburrido, la murria abúlica o melancólica de Darío dio con el francés ultra-moderno, y los nombres de Baudelaire y de Verlaine empezaron a difundirse bajo nuestras tejas coloniales» (pág. 431).

Todavía cabe añadir más, y ahora, positivo, con respecto a la relación entre el chileno y el nicaragüense. Rodríguez Mendoza, proclive a generar libros de memorias, en otro de esta naturaleza, *Como si fuera ahora* (también de 1929), nos informa en el capítulo XXIV, «Madrid galdosiano», de su viaje a una España todavía cargada de vibraciones del 98, y de un encuentro con Darío cuyo antecedente fue este aviso del crítico español Andrés González Blanco: «Mendoza, oiga usted... Rubén Darío está en Madrid. Dice que ha sido muy amigo de su hermano y que a usted lo ha conocido cuando era casi un crío; pero no quiere verlo porque usted le escribió una carta a Gómez Carrillo en la cual decía periquitos» (pág. 163).

«En efecto —aclara muy expresivamente Mendoza—, años antes y después de prologar Rubén mis *Gotas de absintio*, le había escrito a Gómez Carrillo diciéndole que estaba harto de princesitas, clavicordio, hadas madrinas y lunares versallescos: de la primera manera de Darío, en una palabra. El bárbaro de Gómez Carrillo le mostró la carta» (pág. 164).

Apenas hace falta abrir un inciso para ir atando cabos: aparece aquí un nuevo punto de discordia que pudo haber sido definitivo, el imprudente desahogo de Mendoza con Gómez Carrillo contra el incómodo prologuista.

Pero no lo fue. Lo que sigue son estampas de Darío trazadas con donaire y, ahora sí, con clara admiración. Todo indica que estamos en 1908, cuando el nicaragüense había regresado de su país con el nombramiento de Ministro en Madrid. Darío, a pesar de lo ocurrido, aceptó sin dificultad una entrevista con el chileno, quitó generosamente toda importancia a los conceptos vertidos en la carta a Gómez Carrillo y compartió con Mendoza «un montón de gambas y percebes». En correspondencia el chileno declaró abiertamente que el modesto joven mal vestido que llegó un día a Chile se había convertido en «un Gran Duque de las letras castellanas» (pág. 164). «Rubén se había colado de sopetón entre los clásicos» (pág. 165). Todavía hay una mención a su dominio de «nuestra nodriza la Gramática» (pág. 164), aludida en el prólogo a *Gotas de absintio*, que puede encerrar un punto de ironía, pero lo cierto es que Rodríguez Mendoza ofrece en estas páginas realmente curiosas una justa apreciación, con alguna jugosa anécdota, del eminente amigo en quien se cumplió «el trinomio veni, vidi, vici» (pág. 166). Más aún, rotundamente afirma que, en su opinión, el legado del modernismo consiste en «dos o tres cosas: una mayor libertad intelectual, los versos de Rubén y la agilidad francesa dentro de lo español, aportada desenfadadamente al periodismo por Gómez Carrillo» (pág. 167). El resentimiento quedaba, así pues, cancelado.

Finalmente, cabe deducir que, en todo caso, el prólogo dariano ha contribuido a que *Gotas de absintio* haya sido eventualmente recordada al menos como obra promisoría, aunque ni éste ni los siguientes libros le abrieron a Emilio Rodríguez Mendoza la puerta grande en los inventarios de la literatura. Eduardo Poirier, otro de los ilustres compañeros chilenos de Darío le dedica estas poco más que benévolas líneas en su extenso libro de 1909 *Chile en 1908*: «Emilio Rodríguez Mendoza [...] se inicia muy pronto en la prensa, colaborando con gran constancia; hace su estreno con *Gotas de absintio*, en cuyo prólogo Rubén Darío le vaticina un risueño porvenir en las letras, pronóstico que se cumple pronto con la producción de *Ultima esperanza* y *Vida Nueva*, novelas que logran —por boca de Valera y Unamuno— elogios de la alta crítica peninsular, sin que estos críticos le hayan perdonado aquello de que ‘siendo americano no se haya americanizado lo suficiente’» (pág. 346)⁵.

⁵ Cabe recordar, sin ánimo de mayores puntualizaciones en este tema, que en la edición de *Remansos del tiempo*, Rodríguez Mendoza incluyó un apéndice titulado «Algunos juicios sobre el autor», compuesto por comentarios naturalmente elogiosos sobre algunas de sus obras, a cargo, entre

Mucho después, Silva Castro, que no menciona *Gotas de absintio* en su *Historia crítica de la literatura chilena* (1960), alude a la «fecunda vida literaria» de Emilio, pero apenas se centra en el análisis de *Vida Nueva* (1902), novela interesante como documento de época que «contiene ciertas digresiones en las cuales cesa de narrar el novelista para que diserte a sus anchas el sociólogo» (pág. 171). En su *Historia de la novela hispanoamericana* (1966), otro ilustre erudito del país austral, Fernando Alegría, lo ve escuetamente como uno de los autores «realistas y criollistas» con los que «concluye la primera etapa del realismo chileno» (pág. 199). Nos tememos que no hay mucho más que anotar a partir de aquí.

Parece obligado, para concluir, dar nuestra somera opinión sobre *Gotas de absintio*. Se trata de un libro muy breve, de muy pequeño formato (8 por 14): XI páginas corresponden al prólogo de Darío y 73 a los cuentos. Son éstos «El sueño de un borracho», «Musotte», «El último beso», «El pequeño clown», «Poe», «Un soñador», «Bohemios», «El relato del cuervo», «Luciérnagas», «Gervais», «Nocturno». Todos rezuman decadentismo, resabiados de Poe, Baudelaire (a quien, como hemos visto, según su propia confesión, Rodríguez Mendoza no había leído), Verlaine, a quien tampoco el autor deja de citar, y otros autores cosmopolitas con los que entonces era obligatorio estar familiarizado, aunque fuera por vías de segunda mano. Por lo demás nos parece notoria la huella de versos y prosas de *Azul...*— Los personajes, bohemios o idealistas, vagan, noctámbulos, por las calles de la gran urbe, por lo menos una vez identificada como París; o sueñan sus quimeras en espacios misteriosos, dos suicidios incluidos. Hay un cuento en el que el personaje es un malvado cuervo que merece el indulto del tribunal que lo juzga, en el ámbito de la naturaleza, por haber sido compasivo con la amada de un poeta. En suma, un material un tanto envejecido

otros, de Gómez Carrillo (con un fragmento de la carta antes citada), Rodó, quien refiriéndose a la novela *Vida Nueva* (1902) la calificaba como «obra genuinamente americana» (pág. 261); Valera, Unamuno y otros. Decía Valera con referencia a *Ultima esperanza*, de 1899: «Me complazco en afirmar que el autor de esta novela posee las más brillantes prendas de escritor y de novelista: imaginación, sensibilidad, agudeza y elegante facilidad de palabra...» (pág. 259).— En cuanto a Unamuno, con respecto a *Vida Nueva*, declaraba: «Hay en este libro páginas realmente hermosas y es una interesante pintura de las costumbres santiaguinas. Me interesó mucho el reformador don Pedro Moral. Alguna analogía veo, en cuanto a tesis, entre su novela y *L'education sentimentale* de Flaubert» (pág. 261). Las palabras de Unamuno se datan en febrero de 1904. En ese mismo año se manifestaba irritado, hablando de la misma novela, por el hecho de que los hispanoamericanos se sintieran tan inclinados al pesimismo social: «Pero, señor —suelo decirme después de leer algunas novelas suramericanas—, ¿por qué estos países nuevos donde se abre tanta naturaleza virgen ante el hombre, se empeñan en pintarnos todo tan podrido? ¿Es que hay naciones que nacen decadentes?». Cit. por Julio César Chaves (1964, pág. 310).

ya en su nacimiento —así creemos que lo vio Darío— pero digno de ser tenido en cuenta como testimonio de la sensibilidad de una época.

Una ojeada, apresurada e incompleta, a la restante obra narrativa de Emilio Rodríguez Mendoza nos muestra un cambio marcado hacia una estética realista, y, tenemos la impresión de que su mayor aportación a las letras estuvo en el subgénero de las memorias y en los escritos ensayísticos. Valdría la pena, como en otros casos, sacar a este autor del purgatorio frío de los «secundarios» para llevar a cabo una revisión total de sus creaciones —y seguir, además, de cerca sus muchos pasos por España—. Por el momento nos hemos conformado con utilizarlo sobre todo como un instrumento más de aproximación a Rubén Darío. Queda pendiente nuestro compromiso de revisitarlo con la calma y la holgura debidas.

Bibliografía

- Alegría, F. *Historia de la novela hispanoamericana*. México: De Andrea, 1969.
- Arellano, J. E. (Introducción, selección y notas); Jirón Terán, J. (Compilación general), Valle Castillo, J. (cronología). *Cartas desconocidas de Rubén Darío. 1882-1916*. Managua: Academia Nicaragüense de la Lengua, 2000.
- Chaves, Julio César. *Unamuno y América*. Madrid: Cultura Hispánica, 1964.
- Jirón Terán, J. *Quince prólogos de Rubén Darío*. Managua: Instituto Nicaragüense de Cultura, 1997.
- (V. Arellano, 2000).
- Loveluck, J. «Una polémica en torno a Azul...», *Boletín Nicaragüense de Bibliografía y Documentación*, núm. 56, Managua: Banco Central de Nicaragua, febrero-abril, 1988, págs. 31-50.
- Poirier, E. *Chile en 1908*. Santiago de Chile: Litografía y encuadernación «Barcelona», 1909.
- Rodríguez Mendoza, E. (A. de Géry). *Gotas de absintio*. Prólogo de Rubén Darío. Santiago de Chile: Imprenta Cervantes, 1895.
- Rodríguez Mendoza, E. *¡Como si fuera ayer!* Santiago de Chile: Minerva, 1922.
- *Remansos del tiempo*. Madrid: Mundo Latino, 1929.
- *Como si fuera ahora*. Santiago de Chile: Nascimento, 1929.
- Saavedra Molina, J. *Poesías y prosas raras de Rubén Darío*. Santiago: Universidad de Chile, 1938.
- *Bibliografía de Rubén Darío*. Santiago de Chile: Revista chilena de Historia y Geografía, 1946.
- Silva Castro, R. *Historia crítica de la novela chilena*. Madrid: Cultura Hispánica, 1960.
- *Rubén Darío a los veinte años*. Madrid: Gredos, 1956. 2.^a ed., Santiago de Chile: Andrés Bello, 1966.
- Unamuno, M. de. «“Vida Nueva, novela de costumbres” por E. Rodríguez Mendoza», *La Lectura*, Madrid, año IV, núm. 40, abril 1904. Cit. por Julio César Chaves en *Unamuno y América*. Madrid: Cultura Hispánica, 1964, pág. 309.